

El autor defiende la tesis de que la paciencia se convirtió en fermento para una expansión del cristianismo en el Imperio romano que aún hoy es un misterio y objeto de debate

Factor de crecimiento

He aquí un libro original (dicho sea como un halago). La tesis de **Alan Kreider** –profesor de Historia de la Iglesia y de la misión en el Seminario Bíblico Menonita Anabaptista de Elkhart, Indiana, y fallecido en mayo de este año pasado– es que la Iglesia de los siglos II y III cultivó la paciencia como la virtud que constituía el *habitus* de los cristianos, es decir, su estilo de vida, muy diferente al del Imperio romano. Esta paciencia es la que se convirtió –en opinión del autor– en fermento para una expansión del cristianismo que aún hoy sigue siendo un misterio y objeto de debate entre los especialistas.

Para Kreider, la paciencia hundía sus raíces en el mandato del Señor en el Sermón del monte, que pedía orar por los perseguidores y tratar de parecerse a un Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos. Esta paciencia es la que hizo que aquellas Iglesias adoptaran una “estrategia misionera” que consistió en transformar a sus miembros de tal manera que fuese su conducta, su vida, la que interrogara a los de fuera y provocara que se interesasen por el cristianismo. Eso explicaría, por una parte, la falta de “manuales misioneros” en la antigüedad cristiana y, por otra, la preocupación por la catequesis y el culto. Una frase de san **Cipriano** –varias veces citada en la obra– lo resume a la perfección: “Nosotros no hablamos de cosas sublimes, sino que las ponemos en práctica”.

Kreider sintetiza la transformación de la persona con el térmi-

no *habitus*, concepto que toma del sociólogo francés **Pierre Bourdieu**, el cual lo presenta como un aprendizaje que hace reaccionar al sujeto en la vida casi automáticamente. Así, el bautismo, la catequesis y el culto –con sus diferentes elementos– acababan por convertir a los neófitos en personas con unos valores y unas conductas –*habitus*– muy diferentes de los de sus coetáneos. Es lo que hizo, por ejemplo, que los cristianos de Cartago de la década del 250 se preocuparan por sus vecinos afectados por la peste sin mirar si eran cristianos o paganos.

Diferentes acentos

La primera parte –“Crecimiento y paciencia”– hace un recorrido por autores como **Justino, Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, Cipriano y Lactancio**, que hablaron sobre la paciencia, con sus diferentes acentos, y el choque que supuso la vida de los cristianos para sus vecinos paganos.

La segunda parte –“Fermento”– presenta a los cristianos como agentes de crecimiento –destacando el papel de las mujeres– y las comunidades como “cultivos de paciencia” al ser grupos singulares por la vida que llevaban.

La tercera –“La configuración del *habitus*”– estudia los tres elementos que constituían la vida comunitaria: catequesis, bautismo y culto. Hay que subrayar las vívidas descripciones de algunos aspectos del culto, sobre todo los materiales (dónde se reunían los cristianos, qué gestos hacían...).

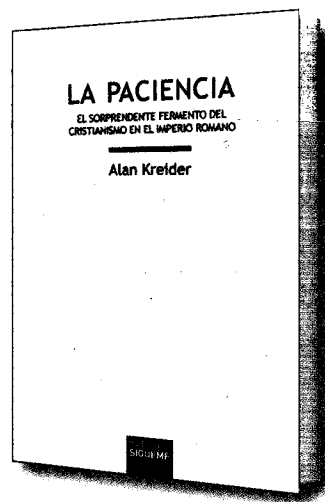
Finalmente, la cuarta parte –“La transfor-

Lo recomiendo:

Porque presenta una tesis sobre la expansión del cristianismo en la antigüedad muy iluminadora.

Otro imprescindible:

Larry W. Hurtado,
Destructor de los dioses. El cristianismo en el mundo antiguo. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2017, 288 pp.



LA PACIENCIA

El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano

Alan Kreider

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2017 • 288 pp.

mación de la paciencia” – está dedicada a analizar dos hitos en los que, según el autor, se detecta con claridad un cambio en el concepto de paciencia, que hizo discurrir hacia la imposición. El primero es el caso de **Constantino**, cuya impaciencia hizo que no se sometiera al proceso catequético y el bautismo, posponiéndolos hasta poco antes de su muerte. El segundo es el tratado de san **Agustín Sobre la paciencia**, que, junto con los que le dedicaron Tertuliano y Cipriano, constituyen los tres tratados antiguos sobre esa virtud. Pero mientras que los de estos siguen la vieja tradición eclesial, el del obispo de Hipona introduce un cambio significativo: la impaciencia por conseguir un Imperio cristiano hizo que el *habitus* paciente se perdiera.

En general, el libro resulta muy sugerente y persuasivo, transmitiendo una sensación de verosimilitud en sus valoraciones. Quizá quedarían por discutir asuntos concretos, como en qué medida en la época apostólica –según los datos que proporcionan las cartas paulinas y Hechos– estaba vigente la “estrategia misionera” de las Iglesias de los siglos II y III o si podría servir también para nuestra situación actual.

PEDRO BARRADO